

IR A BARCELONA

VAMOS, primero, con el hombre de la calle. ¿Qué sabe un andaluz del problema gallego, o un extremeño del tema catalán, o un aragonés de la cuestión vasca? Pues, sin lugar a dudas, exactamente lo mismo que un gallego del problema andaluz, o un catalán del tema extremeño, o un vasco de la cuestión aragonesa. Como regla general es preciso admitir que entre las distintas regiones de España y, por ende, entre sus hombres, se alzan monumentales murallas de ignorancia.

Vayamos, después, con los políticos. Estos no pueden ser identificados como individuos de la mayoría, la masa, sino como singularidades perfectamente definidas a través de un proceso de selección, más o menos perfecto; como dirigentes, como líderes, como miembros de la élite social. Pues, bien; repitamos la misma pregunta: ¿Qué sabe un político acerca de los problemas regionales?

Me cuidaré muy mucho de inferir un agravio global a nuestra clase política, respondiendo que viven en la más tenebrosa ignorancia. Pero cederé la responsabilidad y, si se me apura, el coraje de la respuesta a un compatriota notorio, profesor de la Universidad, politólogo y, con perdón, otras hierbas: don Manuel Jiménez de Parga. El señor Jiménez de Parga, granadino, de cuarenta y ocho años de edad, veinte de los cuales lleva en Barcelona, de cuya Universidad es Rector en funciones, acaba de decir, en «ABC» de ayer, lo siguiente: «Los políticos de Madrid, cuando van a Barcelona, se ponen la barretina al bajar del avión, dicen Visca Catalunya, lo conceden todo, hablan de Tarradellas —¿sabe usted que en Cataluña nadie habla de Tarradellas?— y se vuelven. Eso es todo.»

Si a la afirmación del señor Jiménez de Parga le quitamos toda su adherencia hiperbólica, perderá su encanto, pero no quedará en absoluto vacía de razón. Lo que el señor Rector apunta es cierto; lamentablemente cierto. Y el por qué de esa absurda escolta de tópicos, guiños, gesticulaciones, zalamerías, etc., con que determinados políticos —hay inteligentes excepciones, gracias a Dios— comparecen en determinadas regiones españolas, es preciso inquirirlo en los senos profundos de una ignorancia que dura ya demasiado tiempo y que, a mi entender, es anterior al hecho de nuestro centralismo a la francesa.

Crear que la mejor medicina para el hecho regionalista es una grosera pócima de halagos, resulta tan burdo como ridículo. Tampoco la región es una tonta destinataria de piropos. Cuando un político se presenta en uno cualquiera de los lugares de España que todos sabemos y comienza por manifestar su satisfacción por encontrarse en una tierra tan «españolísima», debemos prepararnos a esperarlo todo de semejante personaje: desde el dilate en la concesión hasta el disparate en la negación. Los canarios, por ejemplo, a fuerza de oírlo repetir, casi no pierden la compostura delante del prohombre peninsular recién aterrizado en las islas que, emocionado, les confía el gran amor que por ellos siente España. ¡Como si fueran chinos o esquimales!

Las cosas, por desgracia, están así y dudo que vayan a cambiar —a cambiar racionalmente— de la noche a la mañana. Ahora, como contrapartida, se adivina en lontananza, con toda su carga de despropósitos, el temido y temible pendulazo. En un abrir y cerrar de ojos podemos pasar de la consideración amable y gaseosa del hecho regional al complejo de culpabilidad. En rigor, ambas metodologías políticas están dictadas por un supino desconocimiento de la realidad contemplada y son tan inopertunas y nocivas para la nación como para la región. Ambas podrían jorobarse y, en consecuencia, jorobarnos todos.

Creo que en todo tratamiento bilateral de un hecho regional concreto es de obligación el desprenderse tanto de emociones cuanto de complejos. La emoción, no depurada ni contenida por el conocimiento, se convierte en una fuerza ciega, primitiva y bárbara. El complejo, por su parte, denuncia un estado patológico y, por tanto, descalifica a quien lo padece. Entre el cero y el infinito existen una multitud de estadios para soluciones templadas. El hecho regional está ahí cual el prudente caballero que ordena: «Vísteme despacio que tengo prisa.» Y ahí está Europa, cuyo ejemplo tan reiteradamente invocamos, como un espejo o un tablero de regionalidades en el que podemos mirarnos y aprender a jugar. A nivel europeo. ¡Faltaría más!

Cristóbal PAEZ